

—Estais esta noche terrible, señor cura, no parece sino que traéis humor de verdadero soldado.

—Bien puede ser; pero os aseguro que esta noche estoy de fortuna y no me ganareis una sola partida.

—Me estais provocando, señor cura, y no me queda otro recurso que aceptar el desafío.

—Pues al terreno.

Los dos amigos se pusieron á jugar su partida, mientras los demas contertulios se entregaban á juegos de estrado.

Segun la costumbre de entonces, se servia un refresco, á lo que nuestros mayores llamaban *hacer las ocho*.

El refresco consistia en sendas copas de *catalan* y una colacion de *puchas*, *rodeos* y otros adminículos, todo lo cual tenia muy animada la reunion.

Los lances y relances de la *malilla*, formaban un verdadero alboroto, se empeñaban las apuestas, se entablaban las disputas, se embrollaban las opiniones, formando un *maremagnun* capaz de atarantar á un sordo.

Las señoras se ponian de lado del señor cura, y tenian razon, porque Hidalgo era sumamente agradable y sabia tratar con esquisito refinamiento á las damas.

Llegaba la partida á lo mas reñido, cuando entró un mozo y dijo en voz alta:

—Buscan al señor cura.

—Será alguna confesion.

—Probablemente, respondió Hidalgo; mientras vuelvo encomiando mis intereses al señor Cortina.

—No acepto, porque este señor Correa me derrota.

—Estais bajo mi bandera, contestó Hidalgo, y nada teneis que temer.

—Fio en vuestra suerte, señor cura.

—Haceis bien, y con permiso de la reunion, voy á ver á la persona que me busca.

Hidalgo llegó al zaguan de la casa, donde lo esperaba un hombre del pueblo.

—Hijo mio, tú me buscas? preguntó con dulzura el sacerdote.

—Señor cura, en este momento llego mas fatigado que mi caballo.

—¿Y bien?

—Salí de Guanajuato muy tarde, pero me importaba mucho veros.

Hidalgo comenzó á inquietarse.

—Traigo orden, señor cura, de decir á su merced que han denunciado el tumulto y que han dispuesto aprehender á todos los comprometidos

Hidalgo se llevó la mano á la frente, donde brotó de súbito un copioso sudor.

—Y sabes perfectamente lo que me dices?

—Como que el secretario del intendente Riaño me lo ha dicho, y por mas señas que me traigo robada la mula de un fraile.

—Vienes directamente de Guanajuato?

—No, señor, de San Miguel, donde dí aviso al capitan Allende que no dilata en llegar.

—Está bien, espérame en casa.

El correo, á quien seguramente habrán reconocido nuestros lectores, pues no era otro que el Pípilo, se marchó al curato á descansar de tan penosa fatiga.

El cura volvió risueño á la tertulia y con la mayor serenidad concluyó su partida.

Levantóse despues, y dió las buenas noches.

Cortina lo fué á dejar hasta la puerta.

—Señor Cortina, hacedme el favor de prestarme doscientos pesos de ese dinero que teneis en depósito perteneciente á los diezmos.

—Con mucho gusto, señor cura.

Certina envió á su mujer por el dinero.

—Aquí teneis, señor Hidalgo, la cantidad; si se os ofrece mas ya sabeis que podeis contar con todo.

—Gracias y nos veremos.

—Buenas noches.

IV.

El cura Hidalgo, por uno de aquellos fenómenos inexplicables, entró en una calma completa, toda la agitacion de su alma pareció acallarse como las olas del mar al mandato de Dios.

No parecia sino que su sangre habia experimentado un súbito enfriamiento.

Aquella calma era tal vez la ceniza que cubria por algunos momentos el fuego del volcan.

El párroco llegó á su casa, se detuvo unos instantes junto al correo, que dormia profundamente, tuvo tentacion de preguntarle algo, vaciló y al fin llegó á su recámara, se desnudó pausadamente y se entró en el lecho.

Comenzaba á dormitar, cuando unos aldabonazos sonaron fuertemente en el zaguan de la casa.

Pocos momentos despues se presentaron Allende y Abasolo.

No habian acabado de saludar á Hidalgo, cuando el aldabon tornó á sonar con mas fuerza.

Oyéronse pisadas de caballo en la calle.

Allende montó sus pistolas.

—Sosegaos, capitán, dijo Hidalgo, es necesario mas que nunca conservar la calma de espíritu.

Abrióse la puerta y apareció Aldama.

—Señores, buenas noches! gracias á Dios que os encuentro aquí! he llegado á temer sériamente por vuestra existencia.

—Muy agitado viene el señor capitán, dijo Hidalgo.

—Demasiado, os supongo ya al tanto de lo que pasa.

—Y bien? dijo Hidalgo.

—Vuestra calma me sorprende aun mas, señor cura; no sabeis que dentro de algunas horas ya estaremos en manos de la justicia europea?

—Vamos, capitán, sosegaos y tomad descanso..... muchacho! haz que sirvan chocolate á los señores.

Los jóvenes estaban admirados de la sangre fria del anciano.

—Conque decíais que nos han denunciado?

—Precisamente.

—Era natural: de las juntas celebradas en Valladolid, Guanajuato, Querétaro, y en la misma capital, debia surgir la denuncia.

—Efectivamente, los conjurados de Querétaro han sido víctimas de sus compañeros, y merced al corazón noble y generoso de la esposa del corregidor Dominguez, nos encontramos reunidos en este lugar.

—Esa señora es un ángel, dijo Aldama.

—Es mas aún, añadió Hidalgo, es un héroe.

—Yo recibí oportunamente el aviso, dijo Aldama; pero cuando os busqué, capitán Allende, ya habíais partido.

—De Guanajuato me enviaron á mí un anónimo: lo primero que me ocurrió fué interceptar la órden, así lo verifiqué para contener el golpe y tomar algunas horas y determinar lo conveniente.

—Tengo positivos deseos de consultar vuestras opiniones, dijo Hidalgo, porque de lo que hablemos esta noche depende el porvenir de una nacion entera.

—Lo conozco, dijo Allende, y temo aventurar con mi idea ese porvenir que tanto nos interesa.

—Hablad, capitán.

—Lo mas conveniente seria citar á todos los comprometidos á última hora, hagámosles saber lo que pasa, elijamos de entre

ellos el número necesario para que vuelen á los pueblos y ciudades donde tenemos los hilos de la revolucion, y demos simultáneamente el grito de Independencia.

—Jóven, dijo Hidalgo tocando con su mano el hombro del capitán Allende. Cuando esas comunicaciones lleguen á los pueblos, ya la noticia de las aprehensiones de Querétaro los habrá sobrecogido de espanto y el terror habrá sustituido al entusiasmo.

—Señor Hidalgo, eso es desconfiar de los hombres y del porvenir.

—No olvideis que estamos sobre el cráter de un volcan, y que apenas contamos con algunas horas.

—Nos queda un día.

—Os engañais, capitán, en estos momentos circulan los correos y nuestras cabezas no están seguras sobre nuestros hombros.

Levantóse Allende, y parándose frente al lecho que ocupaba Hidalgo dijo con voz alterada:

—Pues bien, señor cura Hidalgo, echémosles el lazo seguros de que ningún poder humano podrá quitárselos.

—Así os quiero, capitán, respondió Hidalgo, y comenzó á vestirse con la calma que era de costumbre al levantarse al toque del alba, cuando comenzaba á oír el toque de misa de la parroquia.

Agitó despues la campanilla, á cuya seña se presentó el mozo.

—Llama á mi hermano don Mariano y al señor don Santos Villa; díles que los necesito urgentemente.

El criado salió corriendo á cumplir con las órdenes del señor cura.

—¿Qué vais á hacer? preguntó Aldama.

—Lo vais á ver, señor capitán.

El cura salió del lecho, se puso su levita y comenzó á pasearse á grandes pasos por la estancia.

—Caballeros, dijo al fin, esta situacion es nuestra pérdida, lo

he pensado ya bien; no hay mas que apoderarnos de los europeos.

—Señor, ¿qué vais á hacer? dijo Aldama, que jóven aún y acostumbrado á la obediencia militar, le sorprendia el primer paso de la revolucion.

—Vamos á entrar en un camino desconocido para vosotros: es necesario guardar el corazon en lo mas profundo del pecho, y no obrar bajo la impresion de sus arranques; obedezcamos al pensamiento, él será nuestro mejor consejero.... Vamos á atravesar una vía sangrienta y dolorosa, cada paso de avance dejará un abismo tras de nosotros pronto á devorar al que retroceda.... va á estallar la gran revolucion de la humanidad, el primer sacudimiento del jigante al despertar de un letargo.... nada podrá detenerla, nosotros mismos seremos impotentes, porque seguiremos envueltos en las olas de ese torrente que atravesará los valles y las montañas.... mañana ya no nos conoceremos, el destino se ha anticipado á nosotros. Yo tenia el presentimiento de esta hora, que yo buscaba con los latidos del corazon.... Dios nos impulsa, obedezcamos su mandato. Veo lucir en vuestras frentes el rayo de la inspiracion, la mirada de Dios que refleja sobre vuestro semblante en la irradiacion sublime del heroismo!.... La noche está oscura como el fondo del oceano, en su seno hay un pueblo encadenado, rompamos esas cadenas, ha llegado el dia de la resurreccion: ¡pueblo, levántate y anda!

Allende se precipitó llorando en los brazos de Hidalgo.

Aldama estaba influenciado siniestramente por las palabras del inspirado, y el hermano de Hidalgo y Santos Villa, que se habian detenido en la puerta al escuchar la voz sonora del caudillo, estaban asombrados.

—Sí, continuó Hidalgo con las pupilas húmedas por la emocion, vosotros partireis conmigo hasta el cadalso; ya os he dicho que los promovedores de una gran revolucion no llegan á ver su obra; no importa, vuestros nombres quedarán en la historia y delante de nuestras tumbas irá el pueblo, si esclavo, á

Horar nuestra pérdida; si libre, á convertir nuestras tumbas en altares.---- cumplamos nuestra predestinacion, la patria es digna de nuestro sacrificio, la libertad digna de la ofrenda de nuestra sangre!

—A morir! gritó Allende.

—A morir! repitieron todos con voz conmovida.

—Juremos en nombre de tres siglos de oprobio y de esclavitud, conquistar nuestra independenciancia ó morir en la demanda!

—Lo juramos!

—Independencia ó muerte!

—Independencia ó muerte!

En aquel momento sonaron pausadamente las *once de la noche*.

¡La hora de Dios!

V.

Diez hombres salieron de la casa cural, como un tropel de nubes á formar los pabellones de la tormenta.

—Capitan Allende, dijo el cura, dividámonos en dos grupos; marchad con Aldama y otros tres compañeros á la casa del subdelegado, proceded á su arresto y continuad la operacion con el resto de los europeos; dejadme á mí lo demas.

—Al momento, respondió el capitan, y se puso en marcha para la casa de Rincon.

Hidalgo se dirigió á la cárcel, porque se habia reservado los puntos mas peligrosos.

El sacerdote se habia trasformado en caudillo.

Acercóse resuelto al centinela y poniéndole una pistola en el pecho, lo hizo rendirse.

Penetró animoso al recinto de la prision, y se apoderó de las armas de la guardia.

—Ahora al cuartel, dijo á sus compañeros, es necesario enervar cualesquier movimiento y evitar una reaccion.

—Alto! gritó la voz del sargento Martinez.

Hidalgo avanzó solo hasta encontrarse con el soldado.

—Señor cura!

—Sí, yo soy que vengo á que me cumplas tu palabra.

El sargento se estremeció.

—Martinez, dijo el cura apretando convulsivamente el brazo del soldado, la hora es esta y no hay que perder el tiempo, franquéame la puerta del cuartel.

—Os atreveis?

Hidalgo se sonrió desdeñosamente y dijo á Martinez:

—Condúceme y que sea al instante.

El sargento obedeció el mandato de superioridad que encontraba en aquel hombre, se encaminó al cuartel donde entró seguido de Hidalgo y de su gente, que veloz como el rayo se apoderó de las armas del regimiento de la Reina.

Los soldados no pudieron rehacerse, algunos huyeron amedrentados y otros se agregaron á las filas.

—El golpe está dado, dijo el caudillo; y sereno, magestuoso é imponente, esperó la llegada de sus compañeros.

VI.

La combinacion de Hidalgo estaba felizmente realizada.

Allende en compañía de Aldama y sus tres asistentes entraron en la casa del subdelegado Rincon, y lo aprehendieron.

Dirigiéronse á la habitacion en que se hallaba Cortina, el español que hacia algunas horas formaba la partida de juego con el cura.

Cortina sintió el tropel y montó sus pistolas; toda resistencia hubiera sido inútil ante la decision de los caudillos.

El subdelegado le rogó que depusiese las armas en vista de las circunstancias, y al fin se entregó prisionero.

En el mayor sigilo siguieron el resto de la noche efectuando las prisiones de todos los europeos, sin que el pueblo se apercibiese de lo que pasaba.

Allende buscó al cura, á quien halló en el atrio de la parroquia.

—Señor, le dijo, vuestras órdenes están cumplidas.

—Capitan, sois todo un hombre.

—Nos falta lo mas difícil, que es apoderarse de la fuerza armada; estoy decidido á asaltar el cuartel.

—Mirad, dijo Hidalgo señalando á un grupo de sesenta hombres que se hallaba formado en el átrio: ahí teneis á los soldados del regimiento de la Reina, todos á nuestras órdenes.

El jóven capitan se descubrió la frente delante del sacerdote.

—Señor, le dijo con entusiasmo, con hombres como vos se conquista al mundo!

—Capitan, hemos lanzado el primer barretazo al edificio antiguo, y puede envolvernos en sus escombros; no importa, su ruina la decretamos en esta noche solemne, de esta oscuridad saldrá mañana nuestro nombre, el porvenir es nuestro.

Hidalgo le hablaba á aquel corazon jóven y generoso, en el lenguaje de la gloria, le daba el temple que necesitaba, en los momentos de esa crisis que surgia en los primeros instantes de la revolucion.

—Capitan Aldama, continuó Hidalgo, dividireis la gloria con nosotros; nacemos juntos al mundo de la libertad, vos sereis uno de los generales de América; y vive Dios! que conquistareis laureles no cosechados hasta hoy en nuestro suelo.

—Mi sangre, mi existencia, todo en aras de la patria! gritó Aldama lleno de ardor y de emocion.

—Bien, muy bien! respondió el cura, y luego tendiendo su diestra al capitan Abasolo, le dijo: yo os saludaré vencedor en

la primera batalla, porque Dios ha puesto en vuestro cerebro la luz del genio, y en vuestra alma el valor de los héroes.

—Yo sé que hay en mi corazon un culto por mi patria y que dividiré con vosotros hasta la tumba!

—Dios está con nosotros, mis vaticinios se cumplen, mis esperanzas se realizan, necesitaba los hombres de fé, como Jesucristo, para que la idea volara por todo el mundo.... estoy en la plenitud de mi inteligencia, que en sus horas de predestinacion me arrojaba las imágenes y sombras de esta noche, como el principio de la emancipacion de un pueblo!

Efectivamente, Hidalgo estaba en la calma de los hombres de corazon ante la primera oleada de su destino. Desde el Tabor de sus esperanzas veia el cielo del porvenir.

Le acometia el fanatismo de los héroes.

Profeta de su inspiracion, le parecia atar á su carro á la fortuna, dominar al destino, encadenar al porvenir, despertar á la humanidad, estremecer al mundo!....